



Lecturas

Sexto grado

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua



Cuánto se divertían

Isaac Asimov

Margie lo anotó esa noche en el diario. En la página del 17 de mayo de 2157 escribió: “¡Hoy Tommy se ha encontrado un libro de verdad!”.

Era un libro muy viejo. El abuelo de Margie contó una vez que, cuando él era pequeño, su abuelo le había contado que hubo una época en que los cuentos siempre estaban impresos en papel.

Uno pasaba las páginas, que eran amarillas y se arrugaban, y era divertidísimo ver que las palabras se quedaban quietas en vez de desplazarse por la pantalla. Y, cuando volvías a la página anterior, contenía las mismas palabras que cuando la leías por primera vez.

—Caray —dijo Tommy —, qué desperdicio. Supongo que cuando terminas el libro lo tiras. Nuestra pantalla de televisión habrá mostrado un millón de libros y sirve para mucho más. Yo nunca la tiraría.

—Lo mismo digo —contestó Margie. Tenía once años y no había visto tantos telelibros como Tommy. Él tenía trece—. ¿Dónde lo encontraste?

—En mi casa. —Tommy señaló sin mirar, porque estaba ocupado leyendo—. En el ático.

—¿De qué trata?

—De la escuela.

—¿De la escuela? ¿Qué se puede escribir sobre la escuela? Odio la escuela.

Margie siempre había odiado la escuela, pero ahora más que nunca. El maestro automático le había hecho un examen de geografía tras otro y los resultados eran cada vez peores. La madre de Margie había sacudido tristemente la cabeza y había llamado al inspector del condado.

Era un hombrecillo regordete y de rostro **rubicundo**, que llevaba una caja de herramientas con perillas y cables. Le sonrió a Margie y le dio una manzana; luego, desmanteló al maestro. Margie esperaba que no supiera ensamblarlo de nuevo, pero sí sabía y, al cabo de una hora, allí estaba de nuevo, grande, negro y feo, con una enorme pantalla donde se mostraban las lecciones y aparecían las preguntas. Eso no era tan malo. Lo que más odiaba Margie era la ranura donde debía insertar las tareas y las pruebas. Siempre tenía que redactarlas en un código que le hicieron aprender a los seis años, y el maestro automático calculaba la calificación **en un santiamén**.

El inspector sonrió al terminar y acarició la cabeza de Margie.

—No es culpa de la niña, señora Jones —le dijo a la madre—. Creo que el sector de geografía estaba demasiado acelerado. A veces ocurre. Lo he sintonizado en un nivel adecuado para los diez años de edad. Pero el patrón general de progresos es muy satisfactorio. —Y acarició de nuevo la cabeza de Margie.



Margie estaba desilusionada. Había abrigado la esperanza de que se llevaran al maestro. Una vez, se llevaron el maestro de Tommy durante todo un mes porque el sector de historia se había borrado por completo.

Así que le dijo a Tommy:

—¿Quién querría escribir sobre la escuela?

Tommy la miró con aire de superioridad.

—Porque no es una escuela como la nuestra, tontuela. Es una escuela como la de hace cientos de años.

—Y añadió altivo, pronunciando la palabra muy lentamente—: Siglos.





Margie se sintió dolida.

—Bueno, yo no sé qué escuela tenían hace tanto tiempo. —Leyó el libro por encima del hombro de Tommy y añadió—: De cualquier modo, tenían maestro.

—Claro que tenían maestro, pero no era un maestro normal. Era un hombre.

—¿Un hombre? ¿Cómo puede un hombre ser maestro?

—Él les explicaba las cosas a los chicos, les daba tareas y les hacía preguntas.

—Un hombre no es lo bastante listo.

—Claro que sí. Mi padre sabe tanto como mi maestro.

—No es posible. Un hombre no puede saber tanto como un maestro.

—Te apuesto a que sabe casi lo mismo.

Margie no estaba dispuesta a discutir sobre eso.



—Yo no querría que un hombre extraño viniera a casa a enseñarme.
Tommy soltó una carcajada.

—Qué ignorante eres, Margie. Los maestros no vivían en la casa.
Tenían un edificio especial y todos los chicos iban allí.

—¿Y todos aprendían lo mismo?

—Claro, siempre que tuvieran la misma edad.

—Pero mi madre dice que a un maestro hay que sintonizarlo para adaptarlo a la edad de cada niño al que enseña y que cada chico debe recibir una enseñanza distinta.

—Pues antes no era así. Si no te gusta, no tienes por qué leer el libro.

—No he dicho que no me gustara —se apresuró a decir Margie.

Quería leer todo eso de las extrañas escuelas.

Aún no habían terminado cuando la madre de Margie llamó:

—¡Margie! ¡Escuela!

Margie alzó la vista.

—Todavía no, mamá.

—¡Ahora! —chilló la señora Jones—. Y también debe de ser la hora de Tommy.

—¿Puedo seguir leyendo el libro contigo después de la escuela? —le preguntó Margie a Tommy.

—Tal vez —dijo él con petulancia, y se alejó silbando, con el libro viejo y polvoriento debajo del brazo.

Margie entró en el aula. Estaba al lado del dormitorio, y el maestro automático se hallaba encendido ya y esperando. Siempre se encendía a la misma hora todos los días, excepto sábados y domingos, porque su madre decía que las niñas aprendían mejor si estudiaban con un horario regular.

La pantalla estaba iluminada.

—La lección de aritmética de hoy —habló el maestro— se refiere a la suma de quebrados propios. Por favor, inserta la tarea de ayer en la ranura adecuada.

Margie obedeció, con un suspiro. Estaba pensando en las viejas escuelas que había cuando el abuelo del abuelo era un chiquillo. Asistían todos los chicos del vecindario, se reían y gritaban en el patio, se sentaban juntos en el aula, regresaban a casa juntos al final del día. Aprendían las mismas cosas, así que podían ayudarse con los deberes y hablar de ellos.

Y los maestros eran personas...

La pantalla del maestro automático centelleó.

—Cuando sumamos las fracciones $\frac{1}{2}$ y $\frac{1}{4}$...

Margie pensaba que los niños debían de adorar la escuela en los viejos tiempos. Pensaba en cuánto se divertían. 

Glosario

- ad hoc.** Adecuado o apropiado; es un latinismo.
- agreste.** Que pertenece al campo.
- alborozado, da.** Alegre.
- al garete.** A la deriva; llevado por el viento o la corriente.
- alquitarra.** Utensilio que sirve para destilar líquidos por medio del calor, compuesto por un recipiente donde éstos se hierven y un conducto por el que sale la sustancia destilada.
- aluvial.** Referido a un terreno, que se ha formado a partir de materiales arrastrados por corrientes de agua.
- arrancado, da.** Muy pobre.
- atisbar.** Mirar, observar con cuidado.
- avidez.** Realizar alguna acción con ansiedad o codicia.
- brío.** Espíritu, valor, resolución.
- calabrés, sa.** Que es de Calabria, región de Italia limitada por el Mar Jónico y el Mar Tirreno.
- carámbano.** Pedazo de hielo largo y puntiagudo.
- carcaj.** Caja o bolsa, en forma de tubo, para llevar flechas, abierta por arriba y con una cuerda para colgarla del hombro.
- cavilar.** Pensar de forma profunda y minuciosa sobre algo.
- condiscípulo, la.** Persona que estudia o ha estudiado con otra u otras bajo la dirección de un mismo maestro.
- cornalina.** Mineral de color rojo oscuro.
- crespón.** Tela fina de aspecto rugoso.
- de hito en hito.** Fijar la mirada en una cosa con mucha atención.
- desbrozar.** Quitar la maleza de un terreno.
- encabritar.** Enfadarse.
- en un santiamén.** En un instante.
- escarnecer.** Burlarse de alguien.
- esterilla.** Tejido grueso de paja que se pone en la entrada de un lugar.
- expósito, ta.** Referido a un recién nacido abandonado o entregado a un establecimiento benéfico.
- factótum.** Persona que desempeña toda clase de servicios en una casa o establecimiento.
- fulgor.** Resplandor o brillo.
- galera.** Embarcación con velas y remos.

- gozne.** Mecanismo metálico con que se fijan las hojas de las puertas y ventanas para que al abrirlas o cerrarlas giren sobre éste.
- hacinar.** Amontonar, acumular o juntar sin orden.
- hipnótico.** Medicamento que se da para causar sueño.
- jaquet.** Prenda exterior de vestir, con mangas y abierta por delante.
- mendrugo.** Pedazo de pan duro.
- metate.** Piedra rectangular ligeramente cóncava, con patas, que se utiliza para moler maíz y otros granos con un rodillo de piedra, llamado *metlapil*.
- Minerva.** En la mitología romana, diosa de la sabiduría y de las artes.
- paupérrimo, ma.** Que es extremadamente pobre.
- pella.** Masa que se une y aprieta, generalmente en forma redonda.
- percha.** Pieza de madera o metal con ganchos en los que se pone ropa, sombreros u otros objetos, y puede estar sujeta a la pared.
- popa.** Parte posterior de una embarcación.
- pozol.** Bebida hecha de masa de maíznixtamalizado con agua a la que pueden añadirse azúcar, cacao o leche.
- proa.** Parte delantera de una embarcación.
- pronunciar.** Referido a algo, que se hace más visible.
- reps.** Tela de seda o lana que se usa en tapicería.
- rubicundo, da.** Referido al rostro, que tiene un color rojizo.
- saeta.** Flecha.
- septentrional.** Perteneciente al norte o relacionado con él.
- sextante.** Instrumento astronómico que sirve para determinar la posición geográfica de un barco; está formado por un sector de círculo dividido en sesenta grados y un juego de lentes y espejos.
- tápalo.** Chal o rebozo.
- tenate.** Canasta hecha de palma.
- testa.** Cabeza.
- tórrido, da.** Que es muy ardiente o caluroso.
- trémulo, la.** Referido a algo, que se mueve o agita de forma semejante a un temblor.
- umbrío, a.** Referido a un lugar, que le da poco el sol.
- vahido.** Pérdida momentánea del sentido o desmayo.
- yuyo.** Hierba.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 12, 71, 91, 102-103
Diego Álvarez, pp. 92, 94-95, 122-123
Israel Barrón, pp. 8, 10-11, 61, 112, 114
Patricio Betteo, pp. 115, 148, 151-153
Ángel Campos, pp. 13, 124-125, 128, 130-131
Julián Cicero, pp. 28-29, 62, 64-70, 98-99, 145
Juan José Colsa, pp. 14, 34, 36, 37, 42-43, 72, 74, 96-97, 126-127, 138-139
Julia Díaz Garrido, pp. 135, 146
Isidro Esquivel, pp. 30, 32, 54, 56-59
Jimena Estíbaliz, pp. 15, 83, 110-111
Ixchel Estrada, pp. 48, 84, 86-87, 105, 121
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 88-90
Claudia Legnazzi, pp. 38-39, 44-47, 104, 134
Claudia Navarro, pp. 16-25
Gabriela Podestá, pp. 26-27, 106, 109
Tania Recio, pp. 133, 137, 147
Luis San Vicente, pp. 116, 118-120
Mauricio Torres Rivera, pp. 40-41, 76, 78-82, 101
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 33, 140, 142-143
Richard Zela, pp. 50-53